

ZUCARELO, DISTINGUIDO
CANTANTE

Sabíamos que Perazzetti, después de haber desposado a aquella individua del perro, no tanto por burla, cuanto por librarse del peligro de tomar seriamente mujer, se había entregado desde hacía mucho tiempo con encarnizamiento al estudio de la filosofía.

Los efectos que un tal estudio habían de producir en un cerebro como el suyo eran para nosotros fáciles de imaginar. Pero quiso él mismo la otra tarde darnos a conocer uno de ellos, contándonos, a su modo, la siguiente aventura.

* * *

—Estaba yo—comenzó a decir, mirándose las uñas, según su costumbre—, estaba yo, amigos míos, en uno de esos momentos,

infortunadamente no raros, en los cuales la razón (aún me queda, por desgracia, un poco de razón), segura de haber alcanzado al fin aquel «absoluto», que todos afanosamente, *sin darnos cuenta*, andamos buscando en la vida...

—Yo, no }
 —Yo, no } lo interrumpimos a coro.
 —Yo, no }

—¡Bestias, si os digo *sin darnos cuenta!* La razón, por lo demás, advierte de pronto que tiene apretada en el puño victoriosamente, en vez de lo absoluto, una trenza, ¿me entendéis?, la trenza de peluca, como aquella a que se agarraba el infame barón de Munchausen para echarse fuera del estanque, en el cual había caído.

Protestamos de que, si seguía hablando tan enrevesadamente, no lo escucharíamos más, y entonces Perazzetti nos explicó, paciente, con los ojos cerrados y tendiendo las manos:

—¡Oid! Más tarde o más pronto, el fin que nos hemos propuesto y al cual tienden todos nuestros afectos, todos nuestros pensamientos (y que, por lo mismo, ha adquirido para nosotros el valor intrínseco de nuestra misma vida, un valor absoluto, ¿comprendéis?, apenas alcanzado, o aun antes de ser alcanzado), se nos aparece como cosa vana.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Pues porque advertimos, santo Dios, que,

igual que este fin, cualquiera otro que hubiéramos podido proponernos, hubiera resultado vano también. Porque lo absoluto, queridos míos, aquel absoluto con el cual únicamente podría aquietarse nuestro espíritu, no se alcanza nunca.

—Razón por la cual es de imbéciles estudiar filosofía—observó uno de nosotros.

—¡Bravo! Eso es lo que digo yo—aprobó Perazzetti—. Y en efecto, yo la estudio porque me he vuelto imbécil.

Pero dejadme hablar, por favor. Todo principio es difícil; lo agradable viene después. Mirad: nuestra vida corre encaminada toda hacia aquel fin, en el cual se forja la ilusión de poder tocar y sentir la propia realidad. Se derrumba o se desvanece aquel fin: se derrumba también o se desvanece de improviso con él nuestra realidad, o más bien, la ilusión de nuestra realidad. Y entonces, nos invade la indecisión, y privados de pronto de la realidad que nos imaginábamos poder tocar, nos vemos delirando en el vacío y por cualquier esquina podríamos ver pasar la locura y, buenamente, ponernos a conversar con ella (que podría muy bien ser la sombra de nuestro mismo cuerpo) y preguntarle, por ejemplo, con muy buena gracia y delicadeza:

—¿Quién es más sombra, querida, de nosotros dos?

* * *

Escuchadme. Estaba yo, pues, en uno de esos deliciosos momentos en que tengo cogida en la mano la coleta bufa de mi razón.

Casi sin darme cuenta de ello, pasaba de noche por una de las calles más populosas de nuestra ciudad. Me parecía que la gente, enloquecida toda como yo, andaba en tumulto, y que los timbres de los tranvías, las bocinas de los autos pedían socorro, cuando, al acaso, fijé la mirada en un rótulo que había entre las dos rejas de un sótano. A través de los barrotes de estas ventanas se descubría en el fondo un mostrador de taberna de laca verde, reluciente de espejos, una decena de mesitas de mármol, en torno a las cuales estaban sentados muchos parroquianos, hombres y mujeres; además, un armonium y otros objetos. Sobre aquel rótulo dos fulgurantes lámparas eléctricas arrojaban temblorosas una violenta dispersión lívida sobre un letrero rojo, que en gruesos caracteres anunciaba:

EL SEÑOR ZUCARELO

DISTINGUIDO CANTANTE

Pues bien, delante de este nombre, con tanta rabia iluminado por aquellas dos lámparas, yo me detuve fascinado. No sé por qué, adquirí inmediatamente la certidumbre de que aquel señor Zucarelo, que se calificaba a sí

mismo con dulce probidad *distinguido cantante*, debía de haber alcanzado lo absoluto, y por tanto, ser nada menos que un dios.

—¿Un dios?

* * *

Si lo pensáis bien, no puede no ser un dios quien haya alcanzado lo absoluto.

Uno de nuestros errores más perniciosos es éste: imaginarnos que, para llegar a ser un dios, se necesita alcanzar con extraordinarios medios alturas inaccesibles.

No, amigos míos. Nada hay fuera de nosotros: ninguna altura. Con los medios más comunes y más sencillos, basta alcanzar un punto dentro de nosotros, el punto preciso, justo, donde se inserte aquel germen pequeñísimo, que poco a poco, por sí mismo, llega a hacerse un mundo.

Todo está en esto. Saber encontrar en nosotros ese punto justo para colocar en él la menuda semilla divina que hay en todo hombre y que nos puede hacer dueños de un mundo.

Nadie lo encuentra, porque lo vamos buscando fuera, imbuídos del error de que debe encontrarse altísimo y de que se nos piden medios extraordinarios. Avasallados por vanas ilusiones, extraviados por ambiciosas y extravagantes esperanzas, distraídos y aún perversos

tidos por artificiosos deseos, aquella nonada, aquel puntito infinitesimal, que es la cosa más común y más sencilla del mundo, se nos escapa y no logramos descubrirlo nunca.

Pero he aquí este señor Zucarelo. «La misma dulzura de su nombre—me dí a pensar—lo habrá llevado un buen día a cantar, así, naturalmente, como cantan los pájaros. Se ha encontrado en la garganta una discreta vozcita, y le ha bastado para *distinguirse* sin esfuerzos de los demás. Un falso dios se hubiera proclamado sin más ni más: *célebre cantante*. Él, no. Al señor Zucarelo, dios verdadero de su mundo como es, como puede ser, como debe ser, le basta proclamarse *distinguido cantante*. Eso, y no más. Es decir, cuanto le basta para ser él, y no otro».

Absolutamente, absolutamente necesario era que yo lo viese, le hablase aquella misma noche. Su presencia y una conversación con él me pondrían, sin duda, el alma en su sitio, me devolverían la calma y la confianza en la vida.

Entré, pues, en aquel café-cantante subterráneo.

* * *

Había que ir más abajo de aquella sala con mostrador de taberna, el armonium y las me-

sitas con parroquianos, etc., que se vislumbraban desde la calle.

—Bastante más abajo.

Pero, en el fondo, no me desagradaba la idea de tener que ir a conocer bajo tierra al hombre que había alcanzado lo absoluto. Me pareció hasta naturalísimo, y que no podía ser de otra manera.

—¿Cuánto, la entrada?—pregunté en la taquilla.

—¿Silla o butaca?

—¿Aquí hay también butacas?

—Butacas, sí, señor. Una lira, comprendidas la entrada y una consumación: a elegir.

Miré, titubeante, al taquillero, como para preguntarle:

—¿Todo esto, comprendido también el señor Zucarelo?

Sabe Dios lo que pensaría el taquillero de mi aire extraviado, porque, evidentemente, el señor Zucarelo era para él un número del programa como otro cualquiera, y...

—Son los precios corrientes—añadió, como para mantenerse firme en un hecho real ante la incertidumbre penosa en que mi extraño modo de mirarlo lo tenía suspenso.

—Bien, bien—dije para tranquilizarlo.

Le entregué la lira, cogí el billete y bajé dos largos tramos de escalera.

* * *

Mientras bajaba, advertí de pronto que la tierra se rebelaba, indignada ante la violación de su seno. Que este seno fuese rasgado para el reposo ciego y mudo de los muertos, ella lo podía tolerar; pero que fuera abierto, y tan descaradamente, con arcos atrevidos, y la obscuridad fuese aclarada con la desvergüenza de dos gruesas lámparas, y el silencio, tan profanamente ofendido con cantos desagradables, estrépito de instrumentos, tintineo de cacharros, risas escandalosas y aplausos, esto, no: esto le era intolerable.

Y de aquí, su venganza: no obstante los esfuerzos del dueño, la luz eléctrica y la música y los espejos, aquel café-cantante tenía la húmeda y tétrica lividez de una tumba.

Confieso que me hubiera complacido en extremo encontrar allí abajo, en las butacas y en las sillas, serios y compuestos, con su correspondiente consumación delante, intacta, cubierta de polvo y con alguna arañita sobrenadando, una multitud de muertos, llegados por vía subterránea a aquel café-cantante suyo, con los vestidos negros lustrosos de humedad, ajados y salpicados acá y allá de blancas eflorecencias de moho.

Encontré cosa peor. Muertos en antesala, aspirantes a muertos, poquísimos y oprimidos de una desesperada tristeza. Todo estado incierto es peor que cualquier malestar cierto. Se llevaban a los labios la taza de café, el vaso

de cerveza, la copa de menta, con el gesto del que piensa:

—Aún tengo todavía que beberme esto.

Y nadie miraba hacia el minúsculo escenario, donde una esquelética *estrella italiana* maullaba, primero levantando los brazos, como para intentar agarrarse a un agudo que no lograba coger, después bajando las manos con gracia desmañada.

La voz de esta cancionista y el zumbido de la orquesta, hacían un efecto horrible, de indigno atolondramiento, en la trágica, desconsolada soledad de aquellas pocas momias de parroquianos.

* * *

Quedamente, sobre las puntas de los pies, me acerqué a un camarero y le presenté el billete para que me indicase mi puesto.

—Siéntese donde quiera—me respondió el camarero—. ¿No ve que no hay nadie?

—¿Cómo es eso? ¿Sucede igual todas las noches?

—Poco más o menos...

—Que el señor Zucarelo, ¿no trae gente?

—¿Quién?

—El señor Zucarelo.

El camarero miró el programa.

—¡Ah, ya!—dijo—. No señor, ¿quién quiere usted que venga?

* * *

Descorazonado, tomé puesto en una butaca.

La *estrella italiana*, saludando al vacío tres o cuatro veces, se retiró entre bastidores; la orquesta calló; un silencio sepulcral se hizo de pronto en el café subterráneo.

Se me ocurrió entonces, como en un rapto de locura, la tentación de ponerme a chocar fragorosamente mano con mano, para romper, para derribar aquel silencio, para hacer saltar en pie aterrados a aquellos pocos, taciturnos, abrumados parroquianos, aspirantes a muertos. ¿Me habrían de tomar por loco? Pero, ¿qué era yo? A permanecer allí todavía un poco, en aquel vacío subterráneo, en aquel silencio de muerte, ¿no me volvería loco de verdad?

Sofocado, me levanté ruidosamente, con unas ganas desesperadas de hablar fuerte, de gritar, de pelearme con alguien. Y, como el camarero se me acercó para preguntarme:

—¿Qué manda el señor?

—Nada—respondí en alta voz—. ¡No mando nada! ¿Usted me ha dicho que el señor Zucarelo no trae gente? ¡Pues sepa usted que me ha traído a mí!

Ocurrió lo que yo me había figurado. Todos, hasta los músicos de la orquestilla, se volvieron asombrados a mirarme; muchos se levantaron de sus asientos; el camarero, casi desmayado, murmuró:

—Pero yo... no he querido ofenderle en nada, señor...

—No, no—seguí con desdén y con ira—. ¡Es para que usted lo sepa! ¡Es para que diga usted a su jefe o al dueño de este café que es una mala especulación implantar aquí, en un subterráneo, un café para que se vuelvan locos sus parroquianos!

Un señor, en este momento, me salió al encuentro, turbado, palidísimo. Lo miré fijamente para detenerlo a una cierta distancia, y lo interpele con altivez:

—¿Usted es el dueño?

—El dueño, para servirle.

—¡Ah, muy bien! ¡Le ruego me diga si usted, al contratar al señor Zucarelo, le había dicho que su nombre aparecería arriba en un anuncio alumbrado por dos lámparas eléctricas!

El dueño me miró, y, achicado, comenzó a balbucear:

—¿Yo... en el anuncio... el señor Zucarelo? Sí, señor... es la costumbre...

—¡Ah!, es la costumbre—dije con una sonrisa de triunfo—. ¿Y el señor Zucarelo, por tanto, lo sabía, y se ha calificado a sí mismo de *distinguido cantante*?

—Sí, señor, por sí mismo. Pero, yo no comprendo...

—¡Bien lo veo—grité—, bien lo veo que usted no comprende nada! Perdona, ¿qué es aquello de allá arriba?

Le indiqué, al decir esto, en lo alto, en la

pared de frente al escenario, un reflector para iluminar a los artistas.

Ante la imprevista diversión, todos en la sala rompieron a reír y levantaron la cabeza a mirar donde yo señalaba con fiero ceño. Más que nunca desconcertado, el dueño miró también allí, y respondió:

—Un reflector...

—¡Ah, es un reflector! ¿Y usted no piensa encenderlo para iluminar a un artista como el señor Zucarelo, un artista que se califica a sí mismo de *distinguido cantante*, aun sabiendo que su nombre será expuesto arriba, en la calle, en aquel rótulo fulgurante de luces?

Una nueva explosión de risa acogió estas palabras mías. El dueño se picó por ellas; su primera turbación se cambió en ira; acaso le acometió la sospecha de que yo estuviera pagado por el señor Zucarelo para hacer aquella comedia; se engalló airadamente, y dijo:

—Yo no tengo que dar a usted cuenta de si enciendo o no enciendo...

—No, no, perdone usted—, le interrumpí súbitamente, volviéndome afable, cortés—usted debe respetar en mí un parroquiano atraído como una mariposa por la luz de aquel anuncio suyo de la calle, un parroquiano que ha tenido confianza con el señor Zucarelo y se promete de él una distracción tan grata como usted no puede ni aún imaginarse.

—Pero esto...—probó a interrumpirme a su vez el dueño.

No le dí tiempo.

—Esto también en su propio interés de usted, perdone. ¡Señor mío, aquí estamos en un subterráneo, usted lo sabe bien! ¡Esta es una tumba! Dé usted orden de que se encienda el reflector, y haga otra cosa, siempre en su propio interés: invite usted a todos los parroquianos, que están bostezando en la sala de arriba, a que bajen aquí a oír al señor Zucarelo. ¡Gratis, no importa, por una noche! ¡Es una verdadera indignidad que ese hombre vaya a cantar aquí ante las sillas vacías!

Todas aquellas momias de parroquianos, vueltos ya a la vida, ante esta mi inesperada propuesta, batieron palmas festivamente y aprobaron a coro; el dueño me miró todavía cejijunto y perplejo por un momento; luego sonrió también él, abrió los brazos, se inclinó y corrió arriba a dar las órdenes.

Poco después, la sala estaba casi llena, rumorosa, ansiosa por la promesa de un goce inesperado. El reflector de frente al escenario comenzó a brillar y se encendió; la pequeña orquesta atacó el prelude de la primera romanza, y el señor Zucarelo, de frac, corbata blanca y guantes blancos, se adelantó, radiante, acogido con un estrepitoso aplauso.

* * *

¡Ah, queridos amigos, si lo hubieseis visto! Más bien pequeñito, con una cara que parecía cincelada en jabón color de rosa, con un no sé qué de cabrío en los espesos, rizados cabellos negros, en los ojos, en la barbilla y hasta en la voz, cuando comenzó a balar apasionadamente.

Para mí, la mayor prueba, la prueba más resplandeciente de que no me había en efecto engañado en mis juicios de él, fué ésta: que no se esforzó para nada. En una cosa, como en la otra; así en la voz, como en el gesto y en la sonrisa. Daba lo que podía, y perfectamente sabía lo que podía dar. En las pausas, sacaba la lengua, sonriendo para humedecerse los labios, y graciosamente, con dos dedos, se escondía los puños de las mangas.

¡Perfecto!

Pero, naturalmente, ninguno de los espectadores lograba darse cuenta de aquella perfección. Me la daba yo exacta de que todos estaban desilusionados, pero que todavía una cierta expectación, revolviéndose, vacilante, de mí a él y de él a mí, tenía aún indecisa la desilusión del público. Por fortuna, un buen agudo final, apagado con arte, realzó y sostuvo el éxito; yo me apresuré a aplaudir con entusiasmo; todos aplaudieron conmigo, y el señor Zucarelo salió dos o tres veces a saludar, inclinándose, con una mano sobre el pecho.

Un triunfo.

Pero vosotros comprenderéis, amigos míos, que a mí no me importaba tanto aquella noche salvar al señor Zucarelo, como salvar «lo absoluto». ¡Tenía de ello verdadera necesidad! Y, lo salvé, os lo aseguro que lo salvé, a pesar de todo; quiero decir, no obstante, que el señor Zucarelo, después del espectáculo, como podéis imaginaros, me salió al encuentro, enfadadísimo, casi con los puños en mi cara, a pedirme cuentas y razones de cuanto yo había hecho, del peligro a que lo había expuesto de un fracaso clamoroso y también de hacerle perder el contrato, por la incalificable broma dada al dueño del café.

Me costó no poco trabajo calmarlo, pero, al fin, lo conseguí; no sólo esto, sino también hacerlo mi amigo y llevarlo conmigo más de una hora por las calles, ya desiertas, y hacerle entrar en un café nocturno, para que siguiese, bebiendo un vaso de cerveza, hablándome de sí, de su vida, de sus esperanzas, de sus deseos... ¿Os figuráis que me dijo cosas extraordinarias? ¡Sois verdaderamente imbéciles! Me dijo las cosas más obvias, más comunes, más simples del mundo, como pudiera decirlas uno que hubiera sabido encontrar en sí el punto justo, el puntito infinitesimal, donde había introducido la simiente que lo había hecho un dios modesto, dueño de su pequeño mundo. Estaba contento y satisfecho de todo, aún de cantar ante las sillas en aquel lúgubre

y mezquino café subterráneo. Sí, porque en aquel equilibrio perfecto que solamente puede dar la plena satisfacción de sí, había comprendido que a él le convenía ser un diocesillo provinciano, es decir, que condujera a los pueblos de las provincias su modesta divinidad: y le bastaba para esto el poder decir, para acrecer con ello su prestigio, que había cantado en Roma, en un café-cantante de Roma: cuyo nombre no importaba.

Pero la prueba mayor de su divinidad me fué dada por una sombra, que, apenas salidos del café subterráneo, se puso a seguirnos a distancia por más de una hora a lo largo de las calles solitarias; la sombra de una mujer miserable, que pude distinguir bien cuando, abriéndose tímidamente la puerta de cristales del café nocturno, se deslizó, diez minutos después de haber entrado nosotros, y fué a agacharse en un ángulo del fondo, vestida con un traje negro, descolorido y lleno de manchas, con un sombrero usado, adornado de una pluma caída hacia un lado; sobre la espalda jibosa, huesuda, una vieja mantilla deshilachada; en los pies un par de botas de hombre, descosidas y descalcañadas.

Había notado yo que, yendo por la calle, él, de vez en cuando, disimuladamente y como a escondidas, se volvía a lanzar hacia atrás una mirada inquieta.

— ¡Pero si lo sé! — hubiera yo querido decir-

le, para librarle de aquella inquietud—. Lo sé, y es justo que sea así; no creas que me ofende el hecho de que tú tengas tan a distancia a tu mujer y en un estado tan miserable.

Estaba yo seguro de que él la tenía aún consigo, no sólo para hacerse servir por ella, como por una esclava, sino también para medir por ella el camino que él había sabido recorrer; y al mismo tiempo estaba yo también seguro de que ella, sin lanzar una queja, hacía toda clase de cosas para tenerle tan pulido, tan lustroso, tan radiante.

¿No? ¿Decís que no? Dejadme repetir, amigos míos, que sois verdaderamente imbéciles. Sabed que, después de haber acompañado hasta el portón de su fonducho al señor Zucarelo, al volver hacia atrás, yo recibí por entre las espesas tinieblas de la calle, una profundísima reverencia por parte de aquella sombra. ¿Comprendéis? Y no podéis menos de pensar que era justo que ella se me inclinase así, porque así lo quería en ella aquel mismo dios, a quien yo había rendido tan reciente homenaje.